

SEMINARIO

CONCILIAR DE MADRID

Nº77



*Peregrinos de la
Esperanza*

Director: Pablo Herrera.

Redactor jefe: Jorge Germán.

Consejo de redacción: Enrique Fernández de Córdoba, Álvaro Gangoso, Eduardo Gutiérrez de Cabiedes, Juan Ríos, Álvaro Solé y Jacobo Vázquez.

Colaboradores: Omar Dávila.

Fotografía: Mauricio Oriol y Archimadrid.

Correctores: Álvaro Simón y Jorge Paredes.

Diseño, maquetación e impresión: Image Print.

Edición: Seminario Conciliar de Madrid

San Buenaventura, 9. 28005 Madrid

Tel: 91-364-49-00 Fax: 91-364-28-82

Depósito Legal: M-40915-1995

SEMINARIO
CONCILIAR DE MADRID

Que la esperanza os tenga alegres

Nos adentramos en un año jubilar, año de gracia y de esperanza. Desde el Seminario de Madrid, os invitamos a seguir orientando vuestra vida hacia la **verdadera esperanza: Jesús.**

Si en nuestra vida tenemos esperanzas pequeñas, siempre vamos a quedar defraudados, pues nunca llenan totalmente. Es normal tenerlas, pero sin olvidar que el cristiano aspira a algo mucho mayor. Así lo explica el papa Benedicto XVI en la encíclica Spe Salvi: "nosotros necesitamos tener esperanzas - más grandes o más pequeñas -, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan."

Toda nuestra vida cobra sentido en esta esperanza. Incluso el sufrimiento, visto bajo esta perspectiva, puede convertirse en alabanza a Dios. De esta manera, no tenemos nada que temer, pues el fruto de poner nuestra confianza en Cristo es la alegría, que disipa todo temor.

Además, cabe destacar que la esperanza de los cristianos no es individual: es comunitaria. Cuando espero en el Señor, en su venida, en su actuar en el mundo, no puede ser solamente para salvarme yo. Cuando espero en que el Señor va a cambiar mi corazón de piedra por un corazón de carne, no puede ser solo para mi propia salvación, sino para ser luz para otros. El que encuentra por fin el motivo de su alegría no puede guardársela para sí, sino que arde en deseos de compartirla: "tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa" (Mt 5, 15).

La alegría del cristiano se fundamenta en esta esperanza que es Jesús. Y es una alegría para toda la Iglesia. Los seminaristas de Madrid queremos colaborar en esta obra de Jesús: ser misioneros de la alegría, para mostrar al mundo que hay una esperanza mucho mayor y más plena que la que ponemos en nuestros planes y proyectos.

Fijémonos en María, Estrella de la Esperanza, y pidámosle que nos indique el camino hacia el Reino de su Hijo, hacia la verdadera esperanza.



Sumario

- | | | |
|--|---|---|
| 2. EDITORIAL
Que la esperanza os tenga alegres | 7. ACTUALIDAD EN IMÁGENES | 13. CRÓNICA
Aconsejar para formar sacerdotes santos |
| 3. LA VOZ DEL RECTOR
La esperanza no defrauda | 8. ENTREVISTA
D. Nicolás Álvarez de las Asturias, rector de la Universidad san Dámaso | 14. SEMINARIO MENOR |
| 4. CRÓNICA
Jubileo 2025: Testigos de Esperanza | 10. VIDA ESPIRITUAL
Atletas de la fe | 15. CRÓNICA
"Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo" |
| 6. CRÓNICA
Y tú, ¿qué vas a hacer con tu vida? | 12. REPORTAJE
Que no griten las piedras | 16. CONTRAPORTADA |



La esperanza no defrauda

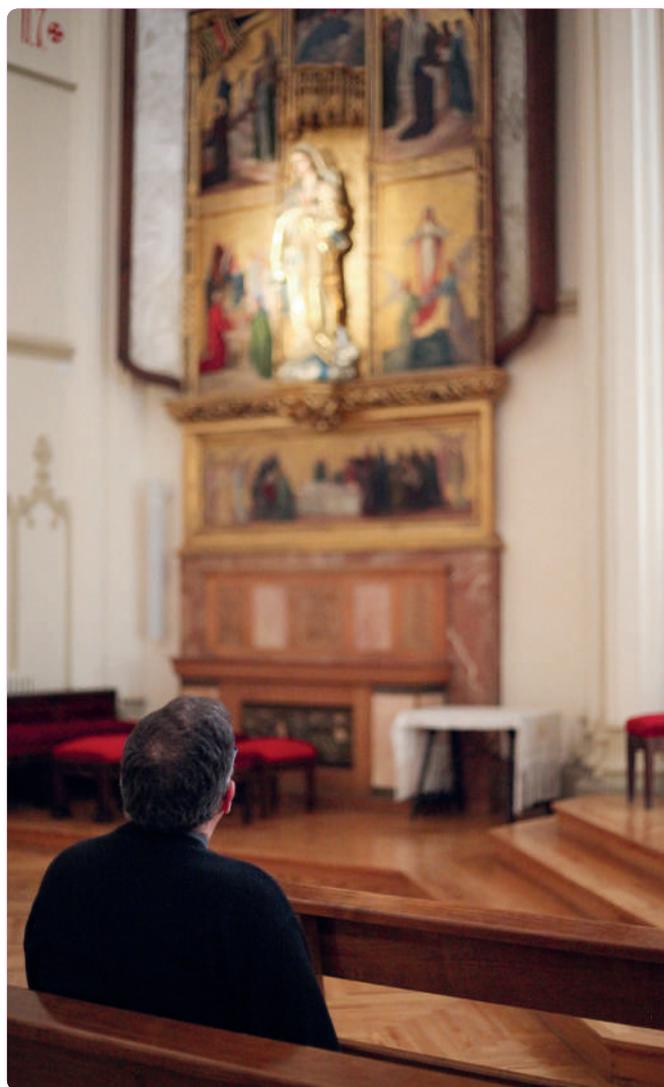
Con estas palabras, el Papa inicia la bula de convocación del Jubileo que celebramos este año en toda la Iglesia. Son palabras que una y otra vez me repito estos días y que, al escribir estas líneas, sabiendo el estado delicado de salud del Papa Francisco, dejo que penetren en lo más profundo del corazón. Ahí, en el silencio, donde se disciernen nuestras motivaciones más profundas, donde uno descubre el sentido de cada cosa, en definitiva, donde se puede reconocer la voz de Dios, encuentro el aliento y las fuerzas para levantar la mirada hasta el Corazón de Jesús y encontrar la paz, e incluso la alegría, al reconocer que esa espera en su recuperación nunca se verá truncada. Dios sabe más, por eso los niños, los jóvenes, los abuelos, los migrantes, las familias, parroquias, movimientos... y, cómo no, el Seminario, nos hemos sentido llamados a responder a su entrega por cada uno acogiendo su petición: "recen por mí".

Esa escucha atenta y esa mirada de ternura con la que nos recibió hace apenas un año abriéndonos su casa y su corazón, nos sigue moviendo a la oración, al agradecimiento y al cariño por él y por toda la Iglesia. El Papa nos sembró la buena semilla de la esperanza y ahora podemos afirmar que está dando el fruto precioso de la misión y la vida nueva en nuestro Seminario.

"Sembradores de esperanza" es precisamente el lema del día del Seminario de este año y la llamada por parte de la Iglesia a tomar conciencia de la necesidad de cuidar este aspecto en la vida de los que un día servirán al pueblo de Dios como sacerdotes ordenados. La esperanza nos conduce a la vida plena, nos lleva a Jesucristo. Para eso nos ha llamado el Señor, para ser testigos de esta verdad, para anunciar, como nos recuerda el Papa en su encíclica *Dilexit nos*, que Jesús "nos amó" y abrió la puerta de la salvación para todos.

Esa esperanza la queremos vivir especialmente, junto con nuestros hermanos del Redemptoris Mater, en el Jubileo de los seminaristas que tendremos en las primeras vísperas del día de san José en nuestra Catedral de la Almudena. Allí celebraremos el rito de la Admisión a las sagradas Órdenes y algunos seminaristas escucharán la confirmación de los signos vocacionales por parte de la Iglesia y la responsabilidad que adquieren de continuar formándose para servir al pueblo de Dios.

En su última Carta Pastoral, nuestro Cardenal D. José Cobo, nos recordó que "ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida". No queremos hacer otra cosa en el Seminario que seguir caminando y acogiendo la voluntad de Dios en este año Jubilar. Sabemos que la esperanza engendra gozo y el gozo alimenta la esperanza. Que la alegría de la Virgen Inmaculada, que ha sabido esperar en Dios nuestro salvador, nos acompañe y cuide siempre. A sus pies aprendemos, esperamos y nos alegramos.





Jubileo de 2025: Testigos de Esperanza

Es Año Santo, y esto, amigos, sucede de forma ordinaria cada 25 años. Por eso es esencial que comprendamos lo que este evento supone para la vida de la Iglesia y cada uno de nosotros. El último Jubileo de esta índole tuvo lugar al entrar el tercer milenio, en el año 2000, bajo el pontificado de san Juan Pablo II. Aunque ocurra cada tanto tiempo, el concepto de "jubilar" puede seguir sonando cercano, pero no estamos hablando de un retiro de pensión, ni de dejar de trabajar; sino de júbilo, de un entusiasmo renovado, de una buena noticia, porque Cristo nos ha dado una promesa que no decepciona, que se cumple plenamente y nos sacia. Este año, la Iglesia nos recuerda que todo lo esperamos de Él.

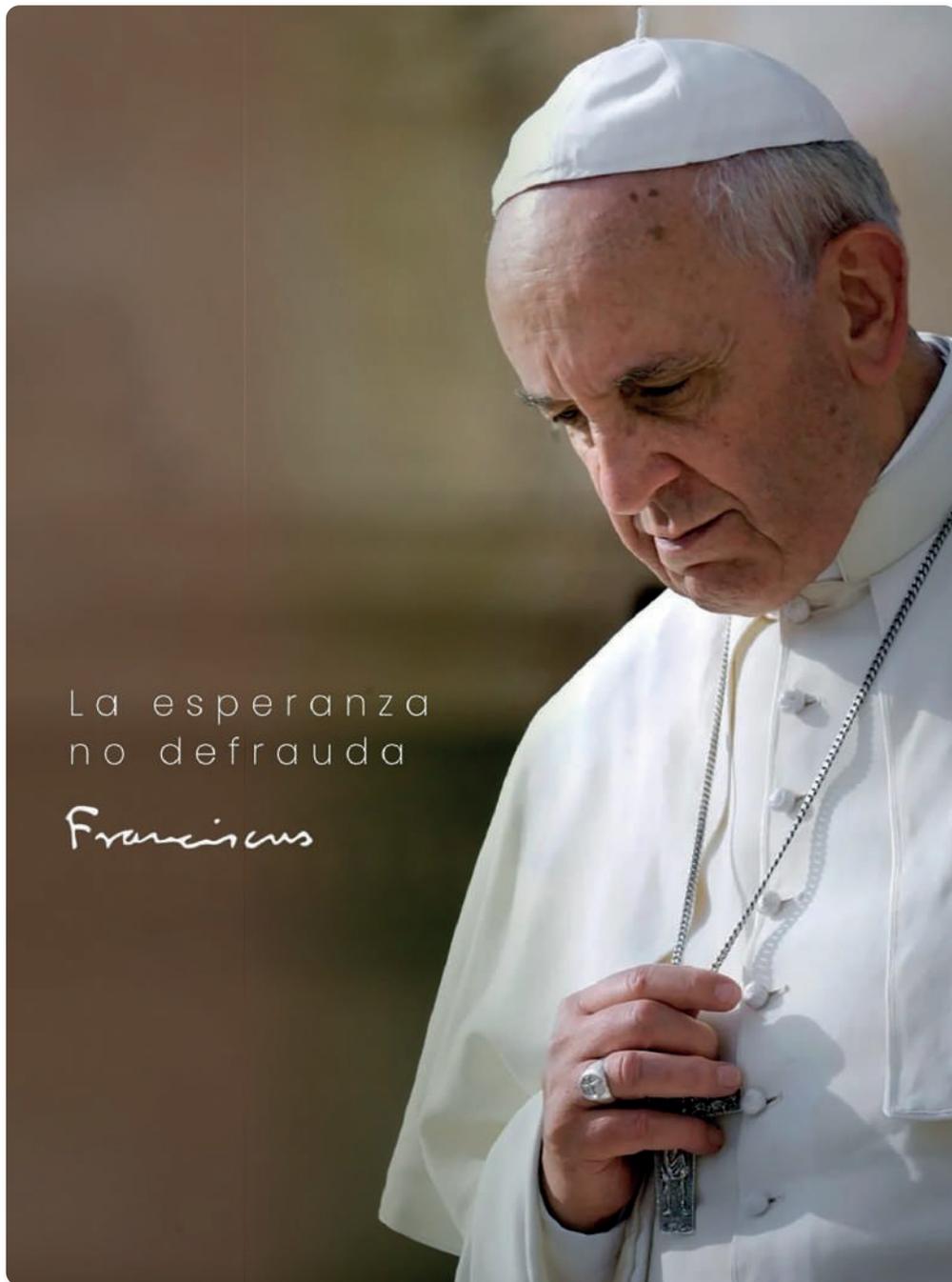
Este Jubileo fue anunciado por el último Papa santo y ahora lo acoge y convoca el Papa Francisco con la bula *Spes non confundit* (**La esperanza no defrauda**), y culmina con el Salmo 27: "Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor".

¿Qué es exactamente un Año Jubilar? Puede decirse que consiste en **proclamar de manera especial que hemos sido reconciliados con el Padre a través de Jesucristo**. Es un tiempo de gracia extraordinaria. Si vivimos abrazados por Dios, sería algo así como "un abrazo más largo", que penetra en lo más hondo de nuestro ser. Dios no escatima en medios, sino que derrama abundantemente en su Iglesia, a través de los poros de cada uno de sus hijos, el recuerdo de lo que ha venido a decir al mundo: "Yo soy vuestra Esperanza". Es a Él a quien anhelamos cuando cae una lágrima como un puño de nuestros ojos, cuando despertamos en la noche, cuando no encontramos sentido a las ausencias o la vida nos abrumba. **Él es nuestra esperanza**. Mirémosle a Él y escuchemos lo que nos dice: Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Eso es, sabemos a dónde estamos yendo y a quién esperar. Tenemos la certeza de que Dios no engaña ni defrauda, de que nada ni nadie podrá apartarnos de su amor único e incondicional.

«La meta no será llegar a la Puerta Santa, sino regresar a la "puerta santa" de nuestros hogares.»

Tal vez, como a mí, también a ti te ocurra. Vivimos nuestra fe con lo que la vida nos trae, como quien toma la ropa habitual del armario y va lavando lo que usa, sin sobresaltos. Sí, lo cotidiano. La ropa entra y sale del armario, mejor o peor doblada, más o menos desgastada... Este año me recuerda a lo que hacían nuestras santas madres cuando se encontraban con el caos y el desorden: entraban y vaciaban el armario sobre la cama para empezar de cero. Entonces, perplejos, nos tocaba poner orden, decidir qué aprovechar, qué apartar, qué renovar... ¡Odres nuevos! De la misma manera, **en este Año Santo hacemos un chequeo de nuestra vida para renovarla**, para que se llene de lo que de verdad importa: nuestra identidad de hijos de Dios. Es como volver a ordenar el armario, aprovechar todo, no descuidar lo esencial, comenzar de nuevo y, al final, ser más "yo" que nunca, más "nosotros" que nunca. Y así, si con nuestra vestimenta comunicamos de algún modo al mundo quiénes somos, con nuestra esperanza anunciamos al mundo en quién creemos: "Mirad, ahí va un hijo de Dios". ¿Por qué? "Porque todo lo espera de su Padre, se le nota en su mirada, en su forma de vivir, en cómo anda, en cómo aguarda".

Salimos en busca de lo prometido. **La peregrinación es un elemento central** de todo Jubileo, y salir de viaje es el gesto típico de quien busca sentido. El peregrino no se instala, se mueve y busca **tres elementos esenciales que dan sentido a su vida: la llamada, la promesa y la certeza de su cumplimiento**. ¿A dónde? Roma juega un papel clave: allí donde Dios nos será favorable y adonde todos los caminos conducen, allí donde la idea del martirio brilla como el culmen de la fe. Y como Pablo, viajamos hacia la Ciudad Eterna que acoge al sucesor de Pedro, signo de nuestra comunión.



La esperanza
no defrauda

Franciscus

La indulgencia que esperamos, el "gran perdón", nos permite asomarnos a la misericordia ilimitada de Dios, que no lleva cuentas. Es el momento de descubrir que la indulgencia es mucho más que un perdón de las culpas; es la restauración de toda pena y el reencuentro con la paz profunda que solo Él puede ofrecer. No es una fría transacción, sino un don que todo lo cambia y rompe las cadenas que nos roban la paz.

Por la Puerta Santa entramos en la Basílica de San Pedro, donde se custodia la tumba del apóstol:

"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia", inscrito en letras mayúsculas en el ábside del templo, para recordar a todos quién es el apóstol y qué misión tienen sus sucesores. Una vez dentro, estamos llamados a **hacer profesión de nuestra fe**, a proclamar con toda la familia de la Iglesia: *Yo creo en Cristo*. La meta no será llegar a la Puerta Santa, sino regresar a la "puerta santa" de nuestros hogares, al Dios de nuestros días cotidianos, porque no son los lugares santos los que salvan, sino las obras santas, con la confianza firmemente anclada en la promesa futura.



Y tú, ¿qué vas a hacer con tu vida?

Seguro que alguna vez te has preguntado por tu existencia. Ahora mismo, millones de átomos insignificantes están específicamente ordenados y agrupados manteniendo tu corporalidad. Estos átomos no saben nada de ti, ni siquiera saben nada de ellos mismos y, sin embargo, responden a tus deseos, a tu voluntad y a tu **libertad**. Los mismos átomos que en el resto del universo se limitan a ser polvo estelar, son los que permiten que ahora estés leyendo este artículo.

Resulta inevitable, por lo tanto, preguntarse por qué **Dios te ha llamado a la existencia**, por qué te ha llamado a ti, por tu nombre, con tu rostro concreto; por qué a ti y no a cualquier otro. Dios te ha dado la vida; ¿has pensado qué vas hacer con ella?

La Iglesia en España ha celebrado por primera vez un **Congreso de Vocaciones** llamado «¿Para quién soy?». Durante los días 7, 8 y 9 de febrero se han reunido en el pabellón «Madrid-Arena» **3.000 participantes** de las **70 diócesis** españolas: obispos, sacerdotes, vida consagrada, familias y laicos. Todos los carismas, dones y ministerios, convocados para culminar el ciclo de plan pastoral que la Conferencia Episcopal Española había iniciado en 2021.

Los temas que se han hablado en el congreso han estado articulados bajo cuatro pilares: palabra, comunidad, sujeto y misión; de los que podemos señalar algunas ideas fundamentales: toda vocación **nace del Verbo**, se vive en comunidad **eclesial**, transfigura a la **persona configurándola con Cristo**, e implica un **envío**: compartir el *tesoro escondido*.

Ahora bien, de todo lo abordado en el congreso, si hay una idea que no puedes dejar escapar, es que **¡no estás aquí por casualidad!** Si existes es porque Dios lo ha querido, Dios te ha querido

desde la eternidad. ¿Por qué tú, y no otro? Sólo Dios lo sabe, pero el caso es que tú has sido escogido.

La vocación no es un mero accesorio, sino que nos constituye profundamente: venimos de Dios y vamos hacia Dios. Es, por lo tanto, lo que nos hace ser quienes somos: aquellos **llamados a participar de la intimidad trinitaria**.



Si esta idea la tienes clara, sólo queda **pasar a la acción**. La vocación no es abstracta, todo lo contrario. Dios, que lo sabe todo de ti, sabe cómo llevarte a la santidad, cómo hacerte feliz, y por ello, ante todo quiere que seas libre. La vocación en la tierra es un proceso de libertad, por el cual cada día somos más libres de elegir al Señor. **¡Todas las decisiones que tomas importan!** Responder a la vocación, no es otra cosa que tratar de hacer la voluntad de Dios cada día, decidirte por aquello que te hace más y más libre, hasta el punto de **preferir a Dios** por encima de cualquier otra cosa.

Por todo esto, sólo queda que le preguntes al Señor cómo ofrecerle tu vida, y si buscas diariamente su voluntad, si apuestas y haces uso de tu libertad, pronto descubrirás que **tu vida está siendo camino hacia la santidad**.



Cena de Navidad



Ministerios de acólito y lector



Misa de despedida de don Jesús Vidal



Oración por la unidad de los cristianos



Seminaristas cantando el Akathistos



Solemnidad de la Inmaculada



Llamados a dar razón de la esperanza

Entrevista a D. Nicolás Álvarez de las Asturias, nuevo rector de la Universidad Eclesiástica San Dámaso

¿Cuál es la importancia de la dimensión intelectual en la formación sacerdotal?

Hay dos cuestiones que explican su importancia. La primera tiene que ver con uno mismo, porque la formación intelectual da la posibilidad de **comprender cada vez mejor la opción de vida** que se ha tomado. Y, en segundo lugar, tiene que ver con la propia **misión**, pues todos deseamos que el paso por la Universidad San Dámaso vaya construyendo en los que aquí estudian sujetos capaces de evangelizar. En el fondo, el objetivo es dar razón de la propia esperanza.

En la vida de un seminarista, ¿qué relación hay entre la Teología y la vida en la parroquia?

Que el sacerdote tiene que **ayudar a las personas** que vienen con situaciones muy distintas a leer su vida, con sus problemas, a la luz de Dios, del amor de Dios que se manifiesta en un designio de salvación que hay que conocer y **saber explicar** de un modo comprensible y vital. En ese sentido, espero que ninguno de los que aquí estudien obtenga recetas para los casos que se va a encontrar. En cambio, sí espero que encuentre **principios y luces claras** para afrontar desde la sabiduría del Evangelio y desde la sabiduría de la Iglesia situaciones tan distintas y necesitadas de luz y de esperanza.

En el sacerdote que se enfrenta a esta labor de evangelización, ¿qué actitudes se esperan de cara a poder cumplir esta misión?

Hay dos cosas que se repiten mucho y que son esenciales. Uno, la condición de **testigo** y que la propia vida arrastre por el atractivo que tiene nuestra coherencia y nuestro amor. Y, en segundo lugar, lo que señala el Papa Francisco en *Christus vivit*, que es comenzar a hablar de Dios por el principio, por su **amor manifestado en Cristo**, donado en el Espíritu Santo.

En todos los años que lleva dando clase, ya más de 20, ¿qué es lo que más le ha sorprendido o lo más interesante que ha aprendido de sus alumnos?

Lo que siempre sorprende y se agradece de los alumnos es percibir que son capaces de cambiar de opinión o de ideas preconcebidas cuando se les dan razones suficientes. Eso muestra que el ámbito intelectual no es un ámbito de ideas fijas, sino un lugar de verdadera **transformación para llegar a sentir con la Iglesia**, que es lo que busca transmitir la enseñanza dada.

¿Qué puede contar de sus años de sacerdocio? ¿Dónde ha visto el paso del Señor, la acción de Dios, más claramente en sus años de ministerio sacerdotal?

De los 25 años de sacerdote, lo primero que me nace es una **profunda gratitud a Dios y a tantas personas** de las que he estado rodeado en la parroquia de San Blas, en Roma, en la parroquia de Santa María de Caná, ahora en la del Cristo de la Victoria y siempre en San Dámaso. Y respecto al paso de Dios en la vida, lo digo con impresión, es sobrecogedor ver cómo el Señor te va cambiando y va cambiando a tantas personas que he tenido la oportunidad de tratar con ocasión de mi ministerio, descubriendo cómo se van abriendo a la gracia de Dios, y cómo eso les hace más **felices** y más **fecundos** en esta tierra.

¿Cómo se imagina la Universidad San Dámaso dentro de 50 años?

Por la misericordia de Dios con muchos más alumnos, porque significará que el Señor escucha la oración de todos y enviará más **vocaciones** a su Iglesia, y también porque habrá madurado el deseo del Concilio Vaticano II de que los **laicos** se formen mejor y entiendan que **la teología es también para ellos**. Sin duda me la imagino así.



¿Cómo puede servir la universidad a la Iglesia?

El modo que tienen las universidades de servir a la Iglesia tiene que ver con su ser universidad, lugar donde se transmite la sabiduría que procede de la Revelación, se profundiza en ella y se transfiere a esferas más amplias ese conocimiento. Este proceso forma parte de la pedagogía divina, pues Dios ha querido que, en la medida en que conocemos y reflexionamos más sobre él, podamos **responder de un modo cada vez más humano, inteligente y libre** a su amor.

¿Y cómo desempeñar mejor ese servicio en el mundo de hoy?

La Universidad San Dámaso tiene una finalidad principal o primera que es la formación de los futuros sacerdotes de la provincia eclesiástica de Madrid, por lo que te diría que con una colaboración cada vez mejor con las otras instancias formativas. Pienso principalmente en el Seminario. Además, la universidad eclesiástica tiene una finalidad preciosa que es convertirse en una plataforma para **que el pensamiento cristiano resuene** en la sociedad, pues esta puede entrar en diálogo con las grandes corrientes de pensamiento y las grandes inquietudes que afectan ahora mismo a la sociedad.

Se habla mucho de las adversidades y dificultades que presenta el mundo de hoy, que no cree

en Dios, pero, ¿cuáles son las oportunidades que pueden darse en la evangelización?

Probablemente lo que nos parece una dificultad es también la mayor oportunidad. La descristianización significa que muchas personas llegarán a conocer a Jesucristo sin haber escuchado hablar mal de Él previamente. Por lo tanto, la **frescura** y la **novedad** con la que se predicaba Jesucristo en los primeros tiempos y que llenó de **esperanza** al mundo pagano, se podrá repetir en estos tiempos. Y eso es una maravilla.

Más allá de estos desafíos, ¿de qué maneras cree que este mundo nos hace pensar de forma diferente y nueva?

Estamos en un momento en el que se empieza a percibir con relativa facilidad que las ideologías dominantes conducen a un callejón sin salida. Por lo tanto, pensar diferente ya no es una opción, sino casi una necesidad. Lo que no hay que olvidar es que la palabra "nuevo", los cristianos la aplicamos a Jesucristo. Y, por lo tanto, pensar diferente y pensar "nuevo" para nosotros es partir siempre de Jesucristo y de su eterna novedad.

Si un seminarista tuviera que llevarse una única idea de lo aprendido en la universidad, ¿cuál le gustaría que fuera?

Amor a Jesucristo, a la Iglesia y a los hombres.



Atletas de la fe

Ante la enfermedad de una madre, ¿cómo tener esperanza? Ante el pecado, peor que la muerte misma, ¿cómo no hundirse? Ay Señor, *mi vida se gasta en el dolor, mis años en los gemidos; mi vigor decae con las penas, mis huesos se consumen*. Son tantas las adversidades de la vida y tantos los dolores que sobrellevar. *La serpiente antigua*, conocedora de mis fatigas, me inclina con su siseo viperino a la desesperanza al susurrarme: *«disfruta mientras eres muchacho y pásalo bien en la juventud; déjate llevar del corazón y de lo que te recrea la vista. Porque el único bien del hombre bajo el sol es comer y beber y disfrutar; eso le quedará de sus fatigas durante los días de vida que Dios le conceda vivir bajo el sol»*. Ciertamente, puede llegar la molicie a mostrarse tan dulzona, que imagino, Señor, que no han sido pocos los hombres que, cuando han querido darse cuenta de lo que su corazón anhelaba, el hálito vital ya les abandonaba. *Sí, la esperanza del impío es brizna que arrebatada el viento, espuma ligera que arrastra el vendaval, humo que el viento disipa, recuerdo fugaz del huésped de un día*. Por eso tal vez tu Apóstol nos exhorte a no saber *nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias*, sino a revestirnos de ti para que nuestra carrera no sea en vano.

Entonces yo me pregunto, ¿por qué sigo bajo tu bandera y no claudico en la dificultad? ¿Por qué espero y no desespero? Ante el interrogante, la respuesta resulta ser siempre la misma: Tú Señor, Tú eres la razón de mi esperanza, porque **por fe creo que, en ti, verdadero Dios y verdadero hombre, mi frágil naturaleza humana ha vencido**. Tu victoria sobre el pecado y sobre la muerte son la razón de mi esperanza. Dudo que nadie se lance a la carrera si no cree poder llegar a la meta. Por tu descenso a los infiernos y tu Resurrección no temo correr; es decir, me atrevo a vivir lo adverso, pues veo que ya ahora puedo estar contigo *que es con mucho lo mejor*. Veo la amistad, unidad, perdón, paz, libertad y alegría como frutos visibles de la presencia invisible del Espíritu Santo, puesto *como prenda en nuestros corazones* para nuestra divinización. Pero *una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve?* Lo que veo no es lo que espero, sino el motivo que me impulsa a esperar.

Lo que espero es más que lo que veo, pues espero *la gloria que un día se nos manifestará*.

Al mismo tiempo que descubro que la fe engendra en mí esperanza, no puedo olvidar que la *fe obra por la caridad*. Soy consciente, Dios mío, de que sólo te agrada mi correr si te amo en mis prójimos mediante una entrega concreta en obras. Es una lástima que el amor sea tan manoseado por tus predicadores, hasta convertirse casi en un comodín sin significado, porque me cuesta percibir la novedad del amor cristiano que Tú mismo resaltas: *«os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros»*. Antes de tu venida, el mundo ya conocía el valor y la profundidad del amor, conforme estaba escrito: *amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*. Y en otro lugar: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Dos invitaciones a amar en las que se sostienen toda la Ley y los Profetas. ¿En qué reside entonces la novedad de tu nuevo mandamiento? Creo entrever la respuesta en aquel *amad a vuestros enemigos*,





así como en que el que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es

*digno de mí. Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Estas palabras tuyas contienen algo inaudito: una exigencia de amor a quienes no amamos y una nueva vivencia del llamado amor natural. Si acercarse a ti, Señor, significa vivir este mandamiento, el amor cristiano es una forma nueva de amar que ni el mundo ni mi naturaleza caída somos capaces de concebir o vivir. El mandamiento del amor sería imposible y monstruoso si la fe fuese únicamente ese mandato. Pero como conoces que el hombre no sabe de amor, **la fe no es sólo la revelación del mandamiento del amor, sino también el don mismo del amor**, que nos puedes exigir porque nos lo has revelado y dado: *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Y no me dejas excusa para no luchar por amar: este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo, ni está más allá del mar; el mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón para que lo cumplas.**

*Dios es amor, por eso sólo Tú, Señor, amas con ese amor que anuncias. Gracias a que unificaste las naturalezas humana y divina en tu Encarnación, se manifiesta tu amor o, mejor dicho, Tú como amor. Por ello, nos llamas a los hombres a amar con amor divino, que ahora es divino-humano. Creo que la sorprendente novedad de la fe no está en el mandamiento del amor, sino en el hecho de que ahora nos es posible vivirlo. Unidos a ti recibimos tu amor y podemos amar contigo. Ejemplo primerísimo de este amor fue para mí la figura de tu santo abad Antonio. Él es por su vida testigo elocuente de que *la esperanza no defrauda*, pues creyó en ti, esperó vencer y hoy goza de tu rostro. Con fe práctica, renunció a *todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia*. Se supo tan querido por ti, que se atrevió a amarte hasta el extremo de desprenderse de sus bienes y pospuso a su hermana para seguirte. Consciente del auxilio del Paráclito, no luchó *contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire*. Concédenos por favor, Señor, a cuantos esperamos en ti, ser atletas que corren para ganar *la corona que no se marchita*, y así podamos en esta vida más amarte y en la otra contemplarte, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.*



Que no griten las piedras



Abro ChatGPT:

- *Hola, ¿puedes enseñarme a cantar?*
- *¡Claro! Lo primero que tienes que hacer es...*

No he querido seguir leyendo. Cierro ChatGPT. Busco Pili Toraño en WhatsApp:

- *Hola Pili, una pregunta un poco curiosa, ¿qué es para ti la música?*
- *¡Jacobo! Muy buenas. Pues mira, la música es una forma de comunicar la interioridad, es **un lenguaje del alma que transmite y expresa la alegría, el amor, los deseos**. Considero que es una expansión del corazón.*
- *Gracias Pili. Otra pregunta, ¿cuál es tu objetivo con el coro del seminario?*
- *Como te decía, la música interpela nuestro corazón, pero también nos permite entrar en la atmósfera de lo divino. Ella sólo es un medio, como yo también soy un medio, porque se trata de que la mirada se dirija sólo a Dios y no*

*a los medios. Por eso, **el Coro del Seminario canta para alabar a Dios** y para que muchos, con los cantos le conozcan y le amen más.*

- ¡Mil gracias!

Sí. Tenemos nueva directora en el coro. Se llama Pili Toraño y, como se ha podido ver, está enamorada de Dios y de la música. Esa actitud es a la vez su enseñanza, porque nos contagia su manera de vivir, y nos enseña a cantar.

Pero aprender a cantar, no es sólo cantar. Aprender a cantar no se resuelve con una IA acostumbrada a resolverlo todo. Y tampoco se limita a modular la voz, gestionar la respiración y afinar en cada nota (y menos mal, porque a alguno todavía nos cuesta un poco...). Pero no, eso no basta. Aprender a cantar es dirigir voz y mirada a quien nos la dio, y darle gracias por ello con una canción.

Dice Kierkegaard que la música es la guía y la seguidora de la palabra. En este caso, **nuestra música guía la palabra, y sigue a la Palabra**. Una Palabra que tiene rostro, que merece una alabanza armoniosa. Una Palabra a quien decir: ¡Para ti es mi música! Palabra que guarda silencio ante nuestras voces esperando un cántico nuevo.

Ya advertía Khalil Gibran, en boca de su profeta, de trabajar con amor. De lo contrario, animaba a los trabajadores a sentarse a la puerta del templo esperando recibir limosna de quienes trabajan con alegría, de quienes cantan un cántico nuevo.

Y les explicaba que, si hacen el pan con indiferencia, se hace un pan amargo, que sólo a medias apacigua el hambre del hombre. Y si prensan la uva de mala gana, el desgano destila veneno en el vino.

Pili Toraño no es Khalil Gibran, pero su meta no desentona con la de su profeta. Gibran habla a quien trabaja con el pan y el vino. Pili educa voces que, quizá un día, dirijan sus palabras al pan y al vino. Y el mensaje es unánime: "aunque cantéis como ángeles, **si no amáis la canción, cerráis los oídos que os escuchan** a las voces del día y a las voces de la noche".



Aconsejar para formar sacerdotes santos

El objetivo de la formación de los seminaristas no es sólo ordenar sacerdotes, sino formar santos. Esto ya fue expresado en el Concilio Vaticano II, donde dice que **la educación de los seminaristas «debe tender a que se formen verdaderos pastores de almas a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor» (OT 4).**

En esta tarea de la formación no sólo intervienen los formadores del seminario, también participan la universidad, algunas realidades sociales y parroquias donde vamos de pastoral, los trabajadores del Seminario o los propios compañeros del Seminario, entre otros. En este mismo sentido de participación, **don José Cobo ha promovido un consejo** para “asesorar y conectar de forma más intensa la formación y las actividades del seminario de Madrid con las necesidades y la vida diocesana”.

La palabra «consejo» viene del latín «consilium» que significa consejo, deliberación, consulta, plan. **El consejo es un grupo de consulta, que nace con la vocación de poder escuchar a los seminaristas y de poder ayudar al rector del seminario**, que es quien está al frente, junto con su equipo de formadores, y es el que representa al seminario en todos los asuntos.

El consejo se ha reunido ya, uno a uno, con todos los cursos, en un ambiente distendido de diálogo, de escucha y de encuentro. **Hemos preguntado qué piensan a los miembros** que lo componen que, por cierto, todos respondieron sin dudar que «sí» cuando les llamaron para formar parte, signo de su amor y disponibilidad de servicio a la Iglesia. Una de ellas, Julia Parra, nos trasladaba que estar en el consejo **le aporta «la riqueza del encuentro con personas y fuerza para seguir trabajando por el Reino de Dios»**, a la vez que le permite **«compartir la realidad del seminario en nuestra vida cotidiana»**, siendo consciente de que «la mirada de cada persona enriquece la reflexión». Otro de ellos, José Manuel, nos decía que podía aportar su «experiencia de sacerdote de bastantes años», así como que para él formar parte del

consejo significa **«renovar mi aportación real en la marcha del seminario como “corazón” de la diócesis»**. Julia García, que es religiosa, nos decía que ella **considera «una gracia el poder conocer de cerca la vida de los jóvenes que han sido llamados al sacerdocio y su camino de formación»**, y también agradece sentirse «corresponsable de la formación de los seminaristas».

Podemos concluir que está siendo, para todos, una experiencia nueva, de caminar juntos, partiendo de que queremos anunciar a Jesucristo Redentor. La creación de **este consejo da espacio a algunas líneas que ya estaban apuntadas en el Concilio Vaticano II**, cuando dice:

«Es propio de todo el Pueblo de Dios, sobre todo de los pastores y de los teólogos, con la ayuda del Espíritu Santo, escuchar, discernir e interpretar las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, para que la Verdad revelada pueda ser siempre más profundamente recibida, mejor entendida y presentada de modo más apropiado» (GS 44).

Para todos está siendo una **tremenda experiencia de Iglesia**, Cuerpo de Cristo que se prolonga en la historia y camina como Pueblo de Dios.



De izquierda a derecha: de pie, Julia García (religiosa), Marta Medina (laica), José Manuel Sacristán (sacerdote), Rafael Herruzo (sacerdote) y Julia Parra (laica); sentados, Leticia Arroyo (laica) y Lorenzo Santos (sacerdote).



 **COLEGIO
ARZOBISPAL**
Seminario Menor de Madrid

SOLICITA UNA VISITA CUANDO QUIERAS

Colegio **Arzobispal**
Con Él en el centro.

PUERTAS SIEMPRE ABIERTAS



Plaza San Francisco, 5, Madrid | www.colegioarzobispal.com | 91 364 17 34



por **Omar Dávila**

Crónica



"Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo"

Este año en el seminario hemos vuelto a poner en marcha el consejo de seminaristas. Es un órgano consultivo que tiene como misión colaborar para el buen funcionamiento de la vida ordinaria del seminario. Este consejo está formado por un seminarista de cada comunidad, dos formadores y por el rector del seminario. En total está constituido por once personas. Somos muy diferentes, pero es un verdadero regalo ver cómo todos, pese a las diferencias, tenemos un deseo muy grande en el corazón de escucharnos y expresar nuestras opiniones. **Esto nos hace ser más conscientes de que, aunque las decisiones las toman los formadores, todos somos corresponsables y todos, de una u otra manera, participamos en la formación.**

El consejo es un lugar privilegiado de encuentro donde conocemos las realidades de todas las comunidades. Esto es muy instructivo dado que cada comunidad, pese a que todos vivimos una misma realidad, la vive de forma diferente. El consejo, en esta línea, es un lugar donde se comparte información que afecta a la vida cotidiana del seminario, del día a día que vivimos los seminaristas y formadores. **Es un lugar donde se busca la comunión. Nos permite, desde hoy, aprender de una manera concreta a ser hombres de comunión.**

Estoy aprendiendo que, aunque el día de mañana me toque a mí tomar algunas decisiones, si se hablan, se escucha y se confrontan, se toman mucho mejor. Veo también que esto es lo que nos tocará vivir en las parroquias, trabajando en equipo con las diferentes realidades parroquia-



les, fomentando espacios de escucha y de participación, donde todos puedan sentirse acogidos y escuchados. A nivel personal, me está ayudando a aprender el valor del diálogo sincero y la escucha atenta, no juzgando a quien tengo delante, sino acogéndolo con caridad fraterna.

Por otro lado, ser consciente de que la capacidad ejecutiva sólo la tienen los formadores, **me está ayudando a entender por qué se toman algunas decisiones, viendo en la figura de los formadores una paternidad muy grande que me ayuda a vivir mejor la obediencia.** Asimismo, aunque me suponga un esfuerzo, me está ayudando a no sólo defender lo que a mí me interesa, sino lo que hace bien a la comunidad, por encima de mis intereses u opiniones personales, porque yo, como representante, no me represento a mí o a mi comunidad, sino que represento los intereses de todos los seminaristas.

Pero verdaderamente lo mejor de estar en el consejo es ver cómo el Señor está obrando en la vida de cada uno. Y me hace recordar constantemente que donde dos o más se reúnen en su nombre, Él se hace presente.

Mañana quiero ser el sacerdote que te acompañe,

¿me ayudas hoy?

llama al

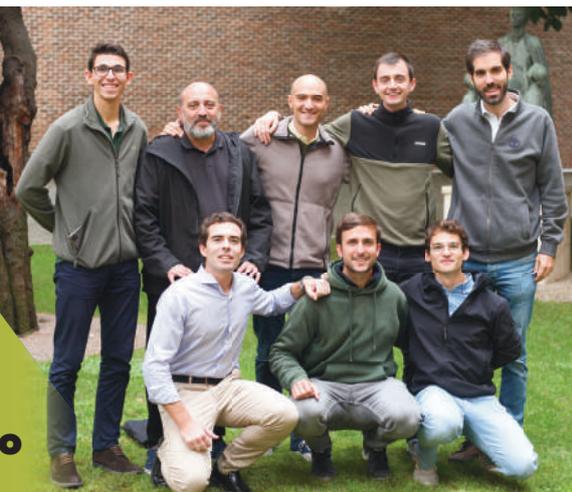
91 365 29 41

www.seminariomadrid.org

BIZUM: **01369**



**Día del Seminario
2025**





"EL BUEN PASTOR DA SU VIDA
POR LAS OVEJAS"

JN 10, 11